

La cruz de la realidad y sus mártires

José M. Tojeira, S.J.

Aunque el término mártir, en el sentido preciso de dar la vida en defensa de la propia fe, no se utilizó entre los cristianos hasta mediados del siglo II, es evidente que Jesús de Nazaret se nos presenta siempre como el protomártir. Siguiéndole a Él, el Testigo fiel del Apocalipsis, innumerables cristianos han ido jalonando la historia con su testimonio y su sangre. En América Latina, casi dos mil años después de la muerte en cruz de Jesús, una larga racha de persecución y muerte revivió los tiempos de martirio, haciendo de nuevo actual la frase de San Cipriano que decía: "Que nadie piense que es difícil o arduo llegar a ser mártir, cuando se ve que el pueblo de los mártires no se puede enumerar"¹. Las guerras sucias, la represión, la desconfianza y el odio a un mensaje en el que se hablaba de liberación, justicia y servicio a los pobres a partir de la fe, derramaron sangre en todos los niveles eclesiales, desde el laicado más sencillo, que fueron la gran mayoría de los asesinados, hasta obispos y arzobispos. El Salvador, entre otros países latinoamericanos, sufrió una verdadera persecución de todos aquellos que desde la fe ansiaban más justicia social y una vida más digna para todos. El arzobispo Romero engloba, de alguna manera, esa historia martirial del pueblo salvadoreño. Pero son numerosísimos los casos de quienes cayeron sirviendo y amando desde posiciones mínimas y sencillas. Sirva al respecto mencionar el caso de Miguel, sacristán del pueblo de Aguilares, que dos meses después del asesinato del P. Rutilio Grande (12 de Marzo de 1977), tocaba las campanas a las dos de la madrugada, tratando que el pueblo se enterara de que los

¹ Patrología Latina de Migne 4, pg 673

militares de nuevo entraban en la parroquia y trataban de detener a los tres sacerdotes que habían trabajado con Rutilio. Miguel fue ametrallado y asesinado mientras tocaba las campanas, tratando de salvar la vida de los sacerdotes. Cuando hoy se van recogiendo testimonios de gente asesinada por predicar la palabra de Dios, por participar activamente en la Iglesia o por actuar cristiana y solidariamente con sus prójimos, el número de mártires se multiplica de un modo impresionante.

Las razones de un martirio

En este contexto y ya casi como colofón de una cruenta guerra civil, se produce el martirio de los seis jesuitas de la Universidad jesuita de El Salvador y de Fe y Alegría, junto con Elba y Celina, colaboradoras y amigas de muchos de los que quedamos. Su martirio, acaecido en 1989, tiene una historia previa. Los jesuitas de la UCA habían optado, mucho antes del estallido de la guerra civil (1981), por poner todo el peso de la institución universitaria al servicio de la justicia social y la liberación de las opresiones que sufrían las grandes mayorías populares. Ellacuría, el líder indiscutible del grupo, solía hablar de una nueva civilización, que él gustaba llamar de la pobreza, en la que el trabajo, y no el capital, fuera la fuente del desarrollo colectivo y de la autorrealización personal y social. Esta posición había ya provocado encontronazos con los anteriores gobiernos. Tras la muerte de Rutilio Grande un grupo paramilitar había dado el plazo de un mes a los jesuitas para abandonar El Salvador. Por cada día sin irse, vencido el plazo, matarían un jesuita. Aunque la amenaza no se cumplió, la tensión crecía. La guerra aumentó los peligros y las amenazas. La Universidad diseñó en aquel tiempo una estrategia sencilla para salvar vidas. Primero abogar por una paz negociada, en la que estuvieran presentes las causas de la guerra. Negociar la paz significaba en ese sentido suprimir la represión política e ideológica, y comenzar un nuevo estilo de desarrollo socioeconómico que desterrara injusticias sociales e invirtiera adecuadamente en los derechos negados a los pobres, en el trabajo y el desarrollo de los sectores desposeídos. Y en segundo lugar, mientras el fin negociado de la guerra no llegara, defender los derechos humanos, centrándose especialmente en las víctimas causadas por el ejército y sus distintos cuerpos, que no sólo perseguían, torturaban y asesinaban gente sino que encubrían los delitos,

impedían la investigación de los mismos y sojuzgaban al poder judicial manteniendo una impunidad prácticamente generalizada.

Ambas partes de la estrategia para salvar vidas, como ellos decían, despertaba en el ejército y en sectores de derecha de El Salvador una reacción de odio. La derecha, en los inicios, y durante la mayor parte de esa guerra civil de 11 años, pensaba que la negociación no era más que una estratagema de la izquierda para ganar tiempo, involucrar sectores externos en las negociaciones y tener un respiro que les permitiera atacar de nuevo, desgastar al gobierno y ganar reconocimiento internacional. Los Derechos Humanos, y este era un discurso generalizado en la derecha política de América Latina, era una estrategia de la izquierda. Si se insistía especialmente en los derechos económicos y sociales de los pobres, las pruebas de izquierdismo eran más que suficientes como para figurar en las listas de los escuadrones de la muerte, estructuras criminales con claros vínculos militares. El hecho de que esa doble labor se hiciera desde el conocimiento universitario, desde sus posibilidades de investigación y reflexión sobre la realidad, indignaba todavía más a quienes sólo podían defender sus posiciones desde la manipulación de la realidad, el dinero, las armas y la propaganda. El agravante, además, era que desde la misma universidad se “infectaba” la mente de la juventud. El enfrentamiento entre la palabra eficaz nacida de un pensamiento humanista, racional y cristianamente solidario, y el poder de las armas, el dinero y el control de la comunicación, nos hacían recordar aquellos versos del agustino Fray Luis de León, cuando quejándose de la persecución de la Inquisición decía: “Desnuda la verdad, muy proveída, de armas y valedores la mentira”.

La habilidad del equipo universitario, junto con sus extensas relaciones nacionales e internacionales, protegieron durante muchos años a este grupo de jesuitas intelectuales y servidores de la verdad. Tras nueve años de guerra civil, y en un momento en el que se aceleraba el proceso de paz, se produce también una crisis de gran magnitud. Una serie de bombas contra sindicalistas, madres de desaparecidos, imprenta universitaria, con graves saldos de muerte, heridos y destrucción, impulsó a la guerrilla del FMLN a iniciar una ofensiva “hasta el tope”, que les llevó a controlar casi una tercera parte de lo que llamamos el gran San Salvador, el conjunto de la capital y los municipios aledaños, muchos de ellos casi fusionados con la capital del país debido al fuerte crecimiento

de la misma. El odio y la tensión llegaron al máximo. En una cadena nacional de radio dirigida por el Gobierno, se abrió ese mismo día de la ofensiva, a eso de las nueve de la noche, un programa radial de micrófono abierto que durante aproximadamente dos horas se dedicó a pedir clara y muy repetidamente la muerte de comunistas, izquierdistas y aliados. Se repetían con frecuencia los nombres del Arzobispo Mons. Rivera, de su obispo auxiliar, Mons. Rosa y de los jesuitas de la UCA en general, mencionando particularmente a Ellacuría y junto con él con mucha frecuencia a Martín Baró y Segundo Montes. Dirigía el programa un publicista que era al mismo tiempo pieza clave en el sector de la inteligencia militar. Se comenzaban a mover las piezas del martirio.

El lunes 13 de Noviembre hubo un registro en la casa donde vivían Ellacuría y sus compañeros. El jueves 16 a las dos de la mañana otra comunidad de jesuitas (la del Provincial), vecina a la casa donde vivían los hoy mártires, escuchó durante veinte minutos un fuerte tiroteo con armas de diverso calibre y estampidos como de bomba. Los que estábamos en esa comunidad pensamos que era un enfrentamiento entre el ejército y la guerrilla en la calle. Al día siguiente nos dimos cuenta, cuando a las 6.30 de la mañana nos avisaron y fuimos a ver los cadáveres de nuestros compañeros, que el intenso tiroteo era la estúpida cobertura que querían darle al asesinato: La guerrilla estaba reunida con ellos –decían los militares- y cuando el ejército los ubicó, huyeron disparando, no sin antes asesinar a los jesuitas. Las siglas FMLN, de la guerrilla, aparecían por todas partes dibujadas en puertas y carteles. Pero para nosotros no había duda. La fuerte vigilancia a la que estaba sometida la zona, por estar muy próxima a zonas estratégicas del propio ejército, como, entre otras, el propio Estado Mayor, hacía imposible un tiroteo de esa duración e intensidad en la zona sin que los militares llegaran masivamente al lugar del enfrentamiento. Contábamos además con algunos testigos que inculpaban al ejército. Ese mismo día, a las 11 de la mañana, junto con el arzobispo Mons. Rivera, le dábamos al presidente Cristiani datos irrefutables de que el crimen había sido cometido por militares con la connivencia y complicidad de altos mandos del Estado Mayor del ejército. Unas horas antes, cuando Mons. Rivera llegó al lugar donde boca abajo, besando la tierra, reposaban los cadáveres de nuestros compañeros, dijo las primeras palabras que abrían la perspectiva del martirio; “los mató el mismo odio que mató a Mons. Romero”.

El sentido y actualidad del martirio

Estas palabras de Mons. Rivera nos ponen ya en el camino de reflexión sobre el significado actual de los mártires de la UCA. En el lenguaje tradicional sobre el martirio solía decirse que eran mártires quienes sufrían la muerte por odio a la fe o a las obras de la fe. Hoy deberíamos hablar más de odio a lo humano. Porque la fe no puede comprenderse en una sociedad laica y secularizada como la actual si no es como un servicio a lo humano. Jesucristo es modelo de humanidad, y aunque quienes los seguimos lo confesamos como Hijo de Dios, nuestro testimonio (martirio en griego) en el mundo tiene que partir de Jesús como modelo de humanidad. Odiar lo humano es odiar a Jesús de Nazaret. Y así no habría que tener duda a la hora de considerar mártires a todos aquellos que fueron asesinados mientras desde su fe defendían la humanidad de pobres, marginados, víctimas de cualquier tipo de prepotencia y soberbia. Fuera esta la soberbia del dinero, de la raza, del poder político y la nación, o incluso de la propia religión. En América Latina quienes fueron asesinados por enfrentarse desde su fe cristiana a los regímenes de seguridad nacional que torturaban, asesinaban y secuestraban, son verdaderos mártires. De alguna manera reconocía esto el cardenal Silvestrini, quien pocos días después del asesinato de los jesuitas decía que “hay que llamarlos mártires ya. No podemos esperar cincuenta años”. Para él los jesuitas y sus colaboradoras eran víctimas del odio que despertaba una actitud coherente con la Doctrina Social de la Iglesia. Y ésta era para el purpurado una concreción de las obras de la fe ante los problemas socioeconómicos del mundo en que vivimos.

Decíamos anteriormente que los jesuitas resumían su actividad diciendo que trataban en sus estrategias, discursos, acciones o compromisos, de salvar vidas. Y ciertamente vivían esa dimensión salvadora desde su fe. Se sentían seguidores de un Jesús que había venido para que tuviéramos vida y la tuviéramos en abundancia. Un Cristo liberador que hacía brotar en las personas lo mejor de lo humano: la capacidad de amar, perdonar, construir hermandad, avanzar ya en este mundo hacia la Jerusalén sin lágrimas ni llanto, sin necesidad de sol ni luna que iluminen, porque “su lámpara es el Cordero” (Apoc 21, 23). Y al mismo tiempo, mantenían una confianza en la fuerza del resucitado, que les daba coraje y capacidad de resistencia frente a un mundo hostil a las palabras paz, reconciliación, futuro en justicia y fraternidad, especialmente cuando estas palabras se convertían en denuncia de un régimen en el que la explotación y la represión se

defendían con la violencia y las armas. Estos dos aspectos: profunda libertad y resistencia anclada en la fe en el Señor, caracterizaban a nuestros mártires. La libertad era sin duda lo más evidente. En un mundo donde la armas habían silenciado la voz crítica y solidaria, incluida la del arzobispo mártir, Mons. Romero, Ellacuría y sus compañeros mantenía su voz al servicio de los pobres, denunciando crímenes e injusticias. “Para ser libres nos ha liberado Cristo” (Gal 5, 1), decía Pablo, y esa misma seguridad se expresaba en la vida de nuestros mártires.

En el Nuevo Testamento hay dos palabras que corresponden a este doble sentimiento de libertad y resistencia: “Parresía” e “hypomóné”. La primera significa libertad de palabra para anunciar el Evangelio. Presente en los Hechos y abundante en Pablo, es una constante en textos de autores de la comunidad primitiva a la hora de reflexionar sobre la persecución romana. Ese mismo hablar con entera libertad aparece en los mártires de los primeros tres siglos. Frente a jueces injustos, los cristianos, incluso los pertenecientes a los sectores populares del imperio romano, defendían su libertad de predicación. Y cuando el juez amenazaba con cortar de raíz la libertad cristiana de anunciar el Evangelio, los cristianos no dudaban en responder diciendo: “Te repito que nadie me quitará esa libertad (“parresía”), ni tú, ni tus emperadores ni Satanás tu padre”². En la predicación, en las conferencias y cursos, en sus escritos y publicaciones, los mártires de la UCA hacían gala de esta libertad. Hasta el punto que el propio embajador norteamericano Edwin Corr, hacia 1986, reconocía en informaciones al departamento de Estado de los Estados Unidos que las únicas publicaciones de oposición al gobierno que circulaban libre y legalmente en el país eran las que editaba la UCA. Cuando desde los periódicos acusaban a los jesuitas de la UCA de ser parciales, Ellacuría disfrutaba respondiendo que sí. Que efectivamente eran parciales a favor de las víctimas de la barbarie de la guerra, y que la inmensa mayoría de esas víctimas las causaba el ejército y los grupos paramilitares vinculados al gobierno. Libres para pensar, para analizar y para lanzar al mundo una palabra eficaz contra la guerra. Libres para defender a los pobres invisibilizados por el poder mediático y para devolverles su visibilidad, y libres con “aquella libertad esclarecida que donde supo hallar honrosa muerte, nunca quiso tener más larga vida”³.

² Acta de los mártires, publicada en BAC, Madrid, por Daniel Ruiz Bueno, pg 1113

³ Francisco de Quevedo, Epístola satírica y censoria

La resistencia (*hypomoné*) era la otra palabra clave que recogían los mártires de antaño. Y de nuevo la vemos en los mártires de nuestra propia actualidad. Traducida con frecuencia como paciencia, la “*hypomoné*” tiene el sentido más activo de resistir, de mantenerse en pie de lucha y esperanza en medio de situaciones desventajosas o incluso peligrosas. Santo Tomás de Aquino, muy posteriormente, afirmaba que la fortaleza era la virtud propia de los mártires. En realidad, cuando la virtud de la paciencia había adquirido la dimensión de pasividad que la caracteriza en la actualidad, la fortaleza venía a renovar el sentido luchador y esperanzado que recogían los mártires con el término “*hypomoné*”. Los quince años de enfrentamiento a la injusticia de parte de este grupo, sus ocho años de mantener la opción por el fin de la guerra civil salvadoreña a través del diálogo y la negociación, frente a quienes ponían en el poder de las armas la solución de los conflictos, los tres quinquenios de sufrir amenazas de muerte, insultos y bombas en las instalaciones de la Universidad y en la propia vivienda, muestran a un equipo consolidado en la fe, en el que la resistencia y la fortaleza unidas proviene del seguimiento de Jesús, “obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Fil 2, 8).

La opción por la vida y la defensa de la misma, la libertad para defenderla frente a quienes la destruían, y la resistencia en una lucha desigual contra quienes controlaban el poder económico, mediático, político y militar, fueron los rasgos principales de estos mártires de finales del siglo XX. A esto se sumaba además un alto nivel intelectual, una pasión radical por hacer verdad en medio de una sociedad deformada por propagandas y visiones ideologizadas de la realidad, un análisis y estudio estructural y crítico de la sociedad, una confianza profunda en los “pobres con espíritu” y una esperanza profunda que les llevaba a pensar en utopías y a impulsar pasos realistas hacia ese mismo horizonte utópico. Ellacuría insistía en la necesidad de una nueva civilización, a la que provocativamente llamaba civilización de la pobreza, en la que el trabajo, y no el capital, fuera la base de la construcción social.

El deber de recordar

Desde su muerte han pasado ya 25 años. El contexto de nuestras sociedades ha mantenido una rápida evolución respecto a los grandes movimientos del siglo XX. El crecimiento de la clase media, el consumismo y la acentuación del individualismo, el avance en número y multiplicidad de las denominaciones cristianas, la desapa-

rición de las formas de confrontación ideológica tradicionales, la desruralización de nuestros países, las migraciones, la desigualdad palpable unida al consumismo y al aumento de los niveles de violencia callejera, marcan, entre otros factores, estos 25 años. Casi al mismo tiempo que el odio ideológico asesinaba a nuestros compañeros caía en Europa el muro de Berlín. A las guerras civiles internas le sucedía un período de democracias débiles, inestabilidad política y surgimiento de nuevos populismos. ¿Conservan en este contexto actualidad los mártires de hace un cuarto de siglo?

Aunque su martirio sucedió en un momento diferente, no sólo queda presente hoy la generosidad de quienes dieron la vida por los pobres y sencillos. Evidentemente como en todo martirio cristiano, el saber entregar la vida desde la fe defendiendo a los pobres y sencillos tiene para nosotros un sentido permanente. Se unen al Testigo fiel del Apocalipsis en seguimiento, anuncio y eficacia. Pero además estos mártires latinoamericanos y del siglo XX mantienen una enorme actualidad en un mundo donde la desigualdad, la violencia y la idolatría individualizante del consumo y la riqueza, siguen causando muerte y desolación. Los pobres, los despojados de este mundo, “en cuanto son llenos del Espíritu y buscan no su instalación personal en este mundo, sino la desaparición de las condiciones reales de despojo violento, son el verdadero pueblo que, movido por el Espíritu de Cristo, puede llevar adelante la salvación histórica y con ella la liberación”⁴. La confianza de que el lugar de salvación está en los marginados, excluidos, migrantes, empobrecidos y descalificados del mundo en que vivimos, sigue siendo de terrible actualidad en un mundo donde las soluciones vienen con exceso de frecuencia desde arriba y desde la comodidad de los privilegiados. La principal tarea de los intelectuales, decía ya Norberto Bobbio, es impedir que “el monopolio de la fuerza se convierta en el monopolio de la verdad”. Y hoy la verdad de los pobres está demasiado oculta bajo una cultura consumista diseñada desde el poder del mercado que G. Lipovetsky define “como un proceso de intensificación hedonista del presente por la renovación continua de las cosas. Una estética del movimiento perpetuo y de las sensaciones fugaces dirige las prácticas del hiperconsumidor”⁵. Hiperconsumismo que se refleja

⁴ Ignacio Ellacuría, *Conversión de la Iglesia al pueblo de Dios*, UCA Editores, San Salvador, pg 77

⁵ Gilles Lipovetsky, *La felicidad paradójica*, Ed. Anagrama, pg 62, Barcelona 2013

con claridad incluso en países pobres, que tienden a consumir más de lo que producen, obedientes a esa propaganda que nos repite incansablemente que el ser depende del tener. Volver el rostro a quienes sufren, a las víctimas de un mundo demasiado centrado en el capital y el consumo, sigue siendo una llamada de estos potentes cristianos que no sólo dieron la vida por quienes más intensamente sufrían los efectos de la guerra civil de El Salvador, los pobres, sino que marcaron desde su pensamiento nuevos modos de concebir la sociedad y el futuro. El Evangelio nos dice que la opción preferencial por los pobres no es negociable. Porque sólo desde los pobres con conciencia solidaria y fraterna, o quienes se hacen pequeños como ellos, se acerca la salvación a este mundo. Y ciertamente los jesuitas de la UCA y sus compañeras dieron su vida desde esa opción.

Los mártires de la UCA son además mártires intelectuales. Y aunque todo martirio tiene el valor de la unión a la persona de Cristo (“Cristo está en el mártir”), decía Tertuliano⁶, el acompañar vida y muerte con reflexión sobre la realidad les asigna una ejemplaridad especial. En un mundo complejo, donde la ciencia, el pensamiento, la política y las instituciones nos invitan a contemplar la verdad como una realidad poliédrica, que muestra diversas facetas según desde donde se mire, la ejemplaridad de quienes mueren tratando, desde la razón y el pensamiento, de develar y hacer real históricamente esa verdad profunda de lo humano que es la igual dignidad de todos y todas, tiene hoy un valor añadido especial. No hay recetas para el mundo actual ni soluciones claras e inmediatas a los problemas. Z. Bauman habla de “tiempos líquidos” y de la necesidad de vivir en una época de incertidumbre. En ese mundo de “vida líquida”, sólo queda como verdad indiscutible el dar la vida por los demás. Sin que ello, por supuesto, nos conduzca a prescindir del esfuerzo intelectual y reflexivo que nos permita encontrar caminos de solución colectiva para la realidad actual. Si en el pasado entre los mártires brillaron los que fueron llamados posteriormente Padres Apologetas, que defendían la visión y la apertura universalista cristiana en medio de una cultura excesivamente autocentrada en sí misma, hoy necesitamos también personas que desde su fuerte incidencia en el análisis de nuestra realidad social, puedan defender lo humano desde las raíces profundas del mensaje de Jesús de Nazaret. En el pasado, Bartolomé de Las Casas y un buen número de los primeros

⁶ Tertuliano, *Patrología Latina* de Migne, pg 1027

evangelizadores lograron casi por primera vez en la historia de la humanidad, defender la radical igualdad de las diversas culturas y razas. Los imperialismos modernos, de diverso cuño e historia, que surgían simultáneamente al encuentro europeo con América, lograron apagar las reflexiones de aquellos primeros evangelizadores, que insistían en que todas las guerras de conquista contra los indígenas americanos eran “injustísimas, tiránicas, infernales”, de tal manera que “pecan mortalísimamente” quienes las quieran justificar (Bartolomé de Las Casas en las discusiones de Valladolid frente a Juan Ginés de Sepúlveda). La propia Iglesia no fue capaz en aquel tiempo de sacar las adecuadas conclusiones de la doctrina lascasiana. Olvidar hoy a nuestros mártires recientes sería desaprovechar ese plus de gracia que se derrama en algunas épocas sobre nuestras sociedades y que se derramó de un modo especial en América Latina, especialmente en el último tercio del siglo pasado. En la Iglesia latinoamericana, así como hay una enorme cantidad de mártires, hay también verdaderos Padres y Madres de la Iglesia, doctores de la misma, semejantes a quienes en la antigüedad establecieron modos y maneras de entender la Iglesia en la realidad en la que les tocó vivir. Y sobre todo, que nos enseñaron a entender la historia desde abajo, desde la esperanza de la víctima y desde la liberación del despojado.

Una Iglesia que vivió con intensidad el don de la profecía, no puede olvidar a aquellos mártires que fueron también profetas. En su exhortación apostólica Pastores Gregis, al hablar del obispo ante los retos actuales, Juan Pablo II no dudaba en hacer una especie de retrato robot en el que se mencionaban cualidades necesarias para el obispo como las de “profeta de justicia, afianzado en el radicalismo evangélico, caracterizado por la *parresía*, artífice de justicia y de paz, defensor de los derechos del hombre, defensor y padre de los pobres, voz de quien no tiene voz para defender sus derechos” (las cualidades mencionadas son textuales. Pero han sido colocadas en un orden distinto al que aparecen en los números 66 y 67 del documento mencionado). Para quienes conocieron a los obispos Romero, Helder Cámara, Angelelli, Proaño y un buen número más, no hay duda de que las afirmaciones de Juan Pablo II reflejan las cualidades de estos pastores. Como ellos, hubo también intelectuales que pusieron su inteligencia y su voz al servicio de los pobres. Y que, “atletas de la fe”, como les llamaba Clemente Romano, alcanzaron la palma del martirio.

Pero los mártires modernos, como los antiguos, nunca fueron considerados ni siquiera personas con derechos. Desde diversos campos, especialmente desde el poder establecido para defender injusticias y represión, se les acusó de políticos. Era una manera de borrar su recuerdo y su significado. Y aunque no eran políticos en el sentido partidista, sí mantenían desde la fe una visión de la “polis” crítica y transformadora. Al igual que había un claro trasfondo político, en el sentido amplio, en la persecución de los tres primeros siglos del cristianismo. E. Käsemann decía que “la lucha entre Roma y la Iglesia se basaba quizás en numerosos malentendidos por ambas partes. No obstante se hizo inevitable desde el momento que el joven cristianismo reconoció y predicó a Jesús no como un simple héroe cultural, sino como verdadero Señor de la tierra. Este puesto estaba ya ocupado, al menos en el mundo mediterráneo, por los césares romanos”⁷. Jon Sobrino decía que “el santo político es el que una y otra vez echa mano del ideal del Reino de Dios y del Dios del Reino para configurar la historia y su propia práctica”⁸. Y de estos mártires políticos no dudaba en decir que “sea cual fuere la santidad subjetiva de estos mártires en comparación con la de otros, no cabe duda de que objetivamente se parecen más a Jesús”⁹. Recordarles ahora es retomar la tarea, en tiempos distintos, de seguir anunciando el Reino de Dios en confrontación con culturas, gobiernos, instituciones e ideologías que ensalzan de hecho el poder de los fuertes y dividen de facto a la humanidad en superiores e inferiores, en indispensables y desechables, en incluidos y excluidos. J. Moltmann decía que “las iglesias que olvidan a sus mártires políticos están en peligro de acomodarse a la religión política de la sociedad en la que viven”¹⁰. Y la “religión política” de demasiados poderes establecidos justifica guerras, defiende la propiedad de los económicamente poderosos con mayor énfasis que la vida humana, olvida y desecha la creación de capacidades y el desarrollo de derechos en millones de personas que tienen la misma e idéntica dignidad de seres humanos.

⁷ Ernst Käsemann, *La llamada de la libertad*, Ed. Sígueme, pg172, Salamanca 1974

⁸ Revista Concilium, n° 183, pg 118

⁹ Jon Sobrino, *Jesucristo Liberador*, UCA Editores, pg 445, San Salvador 1991

¹⁰ Jürgen Moltmann, *La Iglesia fuerza del Espíritu*, Ed. Sígueme, pg 118, Salamanca 1978

Decía Santo Tomás de Aquino que Dios da la gracia a los mártires de permanecer “firmemente en la verdad y en la justicia contra el ímpetu del perseguidor”¹¹. Los jesuitas y sus dos compañeras de martirio permanecieron en esa actitud hasta el último momento. Quienes vimos a Elba Ramos acribillada a balazos en el suelo, y tratando de defender con su cuerpo a su hija, asesinada a su lado, vimos en esta mujer salvadoreña la actitud de la persona que se mantiene hasta el final en el deseo de proteger por amor a los más débiles. La misma actitud que nuestros “mártires políticos”, que en tiempos de guerra y opresión entendieron que el mejor servicio que podían realizar era el de luchar intensamente por “bajar de sus cruces al pueblo crucificado”. Una manera real de unirse a la dinámica encarnacional del Señor, a su “kénosis”, hasta fundirse plenamente en la cruz con los crucificados de este mundo. Y una llamada permanente a servir y amar a las víctimas de la actualidad con la misma energía personal, intelectual y solidaria.

¹¹ Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica*, II-II, q 124, art 1